



TODO PROCESO CREATIVO NO ES MÁS QUE UNA PREGUNTA.

“NOSOTRAS, TERRITORIO QUE HABLA”: MADRES ANTE LA
IMPUNIDAD Y LOS CRÍMENES DE ESTADO EN COLOMBIA

All creative process is just a question. “We. Territory that speaks”:
mothers before Impunity and State Crimes in Colombia

LAURA LANGA MARTÍNEZ (redacción)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MADRID / CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES
CIENTÍFICAS (ILLA- CCHS- CSIC)

lauralanga@gmail.com <http://orcid.org/0000-0002-0221-418X>

ARIEL ARANGO PRADA (fotografía)

CENTRO DE INVESTIGACIÓN CINEMATOGRÁFICA (ARGENTINA)

proyecto.entrelazando@gmail.com

RECIBIDO: 3 DE JULIO DE 2018

ACEPTADO: 13 DE MARZO DE 2019

RESUMEN: “Nosotras. Territorio que habla” es la materialización creativa de la necesidad de denunciar, de testimoniar, de reflexionar desde la propia voz de tres madres, Luz Marina Bernal, María Ubilerma Sanabria y Lucero Carmona, cuyos hijos fueron ejecutados por el ejército colombiano entre el 2007 y el 2008. En este libro ellas comparten su experiencia de tantos años de injusticia. El relato de tan cruento capítulo en la historia de la violencia de un país, lo contamos a través del archivo personal de estas mujeres, de la necesidad de saber y de reclamar justicia, de la investigación, la denuncia, el posicionamiento político y el análisis común. Queremos compartir cómo está siendo esta experiencia, desde esa corpo-política de estas tres madres cuyas narrativas indagan y se preguntan sobre la violencia y la impunidad. Para ello proponemos tres epígrafes que pretenden ofrecer algunas respuestas a (1) cómo se tomó la decisión de escribir juntas un libro; (2) cómo está siendo este proceso y (3) para qué hacemos lo que hacemos o el porqué de relacionarnos de otra manera.

PALABRAS CLAVE: Memoria, Impunidad, Víctimas-Líderes, Colombia.

ABSTRACT: “We. Territory that speaks” is the creative materialization of the necessity to denounce, to tell what happened, to reflect from the voice of three mothers: Luz Marina Bernal, María Ubilerma Sanabria and Lucero Carmona, whose children were executed by the Colombian Army between 2007 and 2008. In this book, they share their experiences over so many years out of unjustness. The narration of such a rough chapter on the history of violence of a country, we tell it through this women personal files, their need to know and to demand justice, the investigation, the denunciation, the political positioning and, as to end, a common analysis. Through this text, we want to share how this experience is being, from the political-body of these three mothers whose narratives investigate and wonder about violence and impunity. We propose three epigraphs that attempt to offer some answers to (1) how the decision was made to write a book together; (2) how this process is going and (3) why we do what we do or why we relate differently.

KEYWORDS: Memory, Impunity, Victims- Leaders, Colombia.

Langa Martínez, Laura.

“Todo proceso creativo no es más que una pregunta. ‘Nosotras. Territorio que habla’:
madres ante la impunidad y los crímenes de Estado en Colombia”.

Kamchatka. Revista de análisis cultural 13 (Junio 2019): 575-592.

DOI: 10.7203/KAM.13.12707 ISSN: 2340-1869

PRESENTACIÓN

*La pregunta sacude el vacío, sus ausencias. Se opone al olvido. Fair, Leonardo y Estiven, fueron asesinados por el ejército nacional entre el 2007 y el 2008. Más de una década después son muchas las evidencias, las pruebas, los testimonios recuperados en este tiempo. Pero son más aún las preguntas que todavía no tienen respuestas.
Este dolor no puede remediarse.
Es irreparable. Lo sabemos. Por eso tenemos la marca del dolor, esa que permanece después del límite de lo soportable, esa que nos permite seguir preguntando.*

Hay situaciones de vida que nunca dejan de ser dolorosas. No hay manera de paliarlas. No importa que dispongamos de herramientas para darles nombre, de instituciones que dicen que se encargan de administrarlas, de gestionarlas. Seguirán siendo dolorosas. Esa situación es la espera, la búsqueda de un hijo. Luz Marina Bernal, María Ubilerma Sanabria y Lucero Carmona son tres madres cuyos hijos fueron asesinados por el ejército colombiano. Las tres los esperaron. Las tres los buscaron. Y sus tres vidas se interrumpieron en ese instante que dejaron de verlos. Ellas se convirtieron también en “víctimas”, ese concepto pervertido en su uso, maltrecho, que las categorizó de nuevo de algo que en el fondo llevaban décadas, o quizás desde que nacieron, siendo. Para María no es el único hijo que le asesinan. Todas se vieron en la necesidad de aprender a sobrevivir en el rebusque de un país desigual y, para todas, los golpes han llegado de muchas maneras, incluidos a veces los físicos. Vidas interrumpidas.

Una tarde de octubre, como pudo ser de cualquier otro mes, nos encontramos, casi diez años después de que asesinaran a sus hijos. Ya nos conocíamos todos, todas.

Fue en agosto 2007 cuando el ejército asesinó a Leonardo, el hijo de Lucero. Y en enero del 2008 a Fair Leonardo, el hijo de Luz Marina, y apenas unos cuantos días después a Estiven el hijo de María Ubilerma. El gobierno, en aquel entonces de Álvaro Uribe Vélez, estaba perfeccionando en cantidad y horror una práctica sistemática de asesinatos que según las fuentes existentes¹ se remonta a los años ochenta. Por lo general un “reclutador” con falsas promesas de trabajo engaña especialmente a jóvenes, pero no únicamente, para después entregarlos al ejército quien a los pocos días los asesinará y torturará a cientos de kilómetros de sus hogares. Posteriormente escenifican un supuesto campo de batalla: balean los árboles, les cambian las ropas, les ponen armas o riegan casquillos por los suelos. Todo un montaje que les permitirá cobrar primas, incentivos e incluso ascensos o periodos vacacionales al declarar que asesinaron en combate a guerrilleros o líderes de bandas narco-criminales. Y todo ello al amparo de directivas²,

¹ La desmemoria impuesta hace complejo recuperar el nombre, el lugar, la fecha... del primer caso. En un reciente Informe de la Fiscalía de la Nación entregado a la Justicia Especial para la Paz lo sitúa en el 14 de octubre de 1992 en el que fue asesinado Henry Palencia Antúnez en Zulia, Norte de Santander. Sin embargo, las organizaciones de víctimas indican que fue primero el asesinato de Luis Fernando Lalinde en octubre de 1984 por la Patrulla de Infantería n° 22 del Batallón Ayacucho en Antioquia (este caso fue reconocido por la Comisión Interamericana de DDHH condenando al Estado colombiano por “arresto y posterior muerte”: Resolución n° 24/87, caso 9620).

² Directiva 29 de 17 de noviembre de 2005 expedida por el entonces Ministro de Defensa Camilo Ospina Bernal y puesta en práctica por su sucesor, el expresidente de Colombia, Juan Manuel Santos, cuyo propósito fue reglamentar el pago de recompensas, que oscilaban entre los 5.000 y los 3.815 millones de pesos en función de los “criterios de valoración” establecidos. El presupuesto asignado provenía del Ministerio de Defensa, financiado por recursos de la nación y otros provenientes de cooperación económica nacional e internacional.

circulares y políticas dictaminadas por el propio gobierno y ejército colombiano, a sabiendas de la Comunidad Internacional, según han denunciado hasta los Relatores Especiales de la ONU que han visitado Colombia en los últimos años.

Ellas tres llevan más de diez años de resistencia, de lucha, lo que ha conllevado amenazas, enfermedades, dolor, mucho dolor, y también mucho maltrato. Las sociedades a veces cómplices, a veces paralizadas por el horror, a veces parte del aparataje institucional o simplemente sobrevivientes de una violencia continua, han configurado un contexto muy complejo para esta lucha. Que las categoriza como víctimas, pero también a veces como lideresas. Cuando nos encontramos ese mes de octubre surgió la necesidad de hacer balance, de repensar y mirar hacia atrás y hacia adelante, de observar cómo se han ido transformando sus vidas. Por ello comenzamos a pensar cómo materializar creativamente la denuncia, cómo contar lo que pasó, cómo reflexionar desde la propia voz de Luz Marina, María y Lucero. Ellas no querían que otros siguieran hablando por ellas. Y así surgió la posibilidad de crear un libro desde múltiples lenguajes y en coautoría³. Ese libro se titula *Nosotras. Territorio que habla*. Un libro en construcción en el que ellas nos comparten su proceso de aprendizaje y de maduración. Es su archivo personal, su necesidad de saber la verdad, de reclamar justicia, su investigación, su denuncia, su conocimiento político y su análisis, el que está aportando el contenido a las páginas del libro, al capítulo de la historia de la violencia de un país que jamás debería olvidar.

A continuación, queremos compartir cómo está siendo esta experiencia, desde el relato encarnado, desde esa corpo-política de estas tres madres cuyas narrativas indagan y se preguntan sobre la violencia y la impunidad. Para ello proponemos tres epígrafes que pretenden ofrecer algunas respuestas a (1) cómo se tomó la decisión de escribir juntas un libro (2) cómo está siendo este proceso y (3) para qué hacemos lo que hacemos o el porqué de relacionarnos de otra manera.

LA DECISIÓN DE ESCRIBIR UN LIBRO JUNTAS

Pensemos por unos instantes junto a Santiago Alba (2016: 19-23) que tenemos tres tipos de memoria. Una, *documental*, casi *puramente cronológica*, que nos permite recordar la fecha en la que sus hijos fueron asesinados por el ejército de Colombia (Leonardo el 15 de agosto de 2007; Fair Leonardo el 12 de enero de 2008 y Estiven el 8 de febrero de 2008) o recordar las múltiples fechas de las docenas de Audiencias en las que los acusados no se presentan. Sus números de órdenes, de expedientes. Recordar su edad, 26, 26 y 16. Esta memoria es importante para orientarnos en el tiempo, es decir para recordar cuántos años han pasado y todavía no hay justicia, para sentir cómo nuestra piel se va arrugando.

La segunda memoria es la *colectiva*, y tiene que ver con “las respuestas sociales rutinarias, enraizadas en el cuerpo y en el discurso, a los embrollos de la vida en común” (Ídem, 2016: 20). ¿Cómo es vivir en un país en el que la vida no importa, en el que pusieron precio a la vida de estos tres jóvenes y de otros miles?; ¿cómo se vive en el mismo lugar en el que miles de familias pierden por siempre toda noticia de un hijo, una hermana... y no consiguen recuperar si quiera

³ La autoría del libro es compartida: Luz Marina Bernal, María Ubilerma Sanabria, Lucero Carmona, Laura Langa, Ariel Arango y Nanu Kübler (diseñadora gráfica de Entrelazando).

sus cuerpos?; ¿cómo algo así pudo suceder? Una memoria que materializamos socialmente y “adecuadamente” con nuestras conductas en ceremonias, instituciones o en la producción de suvenires, bibliografía y audiovisuales. Como cuando las invitan a contar sus relatos en una Universidad y son acribilladas a preguntas íntimas que no permitiríamos que nadie nos hiciera en público, cuando se estrena un cortometraje sobre sus historias y no las invitan o cuando les entregan “dignamente” los restos de sus hijos, pero ni siquiera se los muestran o las llenan de flores a la vez que votan a los mismos que asesinaron a sus hijos. No pensar, claro, es indispensable para mantener este *status quo*, para responder y comportarnos según está establecido. Pero ¿a qué se debe tanta indiferencia y tanta injusticia?; ¿por qué debemos seguir narrando así la memoria?

Por último, *la memoria individual*, que guía nuestro hacer y es “sedimentada en torno a las costumbres y a objetos” (Ídem, 2016: 20). En torno a la relevancia de las cosas materiales que permanecen como mudos testigos elocuentemente en sus hogares. Sobre el osito de felpa de Leonardo que aún duerme sobre su cama. El roce de su pelo en los dedos. Los abalorios guardados en bolsas, bolsas y más bolsas. Las pelotas locas de Estiven que siempre tiraba y corría detrás de ellas. El roce del chaleco con el que siempre se paraba en las tarimas a cantar. El ruido que hacen las canicas al chocar entre ellas cuando Fair Leonardo las lanzaba con las manos. Una memoria propia que corporeizamos con todos nuestros sentidos, pero que también traducimos y compartimos. Que simboliza sus vidas, y las nuestras. Materialidades y sensorialidades que ocupan todo el espacio en el que todo vacío adquiere sentido.

Pues bien, el mismo Santiago Alba (2016: 21) advertía que “una de las paradojas del capitalismo” y por ende podríamos añadir de la “Industria cultural y editorial del Nunca Jamás” (Castillejo, 2007: 77) es decir, de los discursos y prácticas que implementan los esquemas de la Justicia Transicional en los que está absortó Colombia desde hace tiempo⁴ tiene que ver con su potencial para erosionar estos tres tipos de memoria.

Por un lado, *la memoria documental* está debilitada por la propia administración y debido a la escasa capacidad de registro y archivo de las Instituciones públicas y oficiales en Colombia. Todas las fechas, todos los datos, todas las estadísticas son un juego político. ¿Cuándo fue el primer asesinato? Un vacío de información, “una sopa ligera, [en la que] flotan algunos acontecimientos sin conexión, aislados de la historia, monumentalizados por unos medios de comunicación que producen, como Nestlé y Disneylandia, caramelos, juguetes y mercancías” (Alba Rico, 2016: 21).

Todorov (1993) escribió que un muerto es una tristeza, pero un millón de muertos es una información: ¿3.000?, ¿6.000?, ¿7.000?, ¿10.000?, ¿quiénes son? No hay cifras oficiales que documenten el total de las víctimas asesinadas bajo esta misma práctica. Cada organización tiene su cifra. No sabemos a cuánta gente mató el Estado. ¿Cuántas familias no habrán podido

⁴ La firma de los denominados “Acuerdos de Paz” entre el gobierno de Juan Manuel Santos y la dirigencia de las FARC-EP en el 2016 conllevó la puesta en marcha del “Sistema Integral de Verdad, Justicia, Reparación y no Repetición, compuesto por la Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición; la Unidad para la Búsqueda de Personas dadas por Desaparecidas en el contexto y en razón del conflicto armado; la Jurisdicción Especial para la Paz; y las medidas de reparación integral”. Además, este no es el primer Acuerdo que se firma en Colombia. Por ejemplo, en 1991 se firmó con el Ejército Popular de Liberación, EPL, o un año antes con el M19; también contamos con los Acuerdos firmados en Santa Fe de Ralito en el año 2002 entre jefes de grupos paramilitares y el gobierno.

denunciarlo?; ¿cuántas madres siguen esperando a que un día vuelvan a casa?; ¿cuántas familias no han podido buscarlos paralizadas por el miedo?; ¿cuántos padres, ante los impedimentos del Estado, no saben que a sus hijos los asesinó el propio Estado?; ¿cuántos cuerpos no identificados en fosas esperan a que les devuelvan sus identidades?; ¿cuántas desapariciones sin familiares no han sido denunciadas? Sin archivos, sin bases de datos, no hay posibilidad de organización racional, ni de control social (Castillejo, 2009: 300), pero tampoco de justicia y mucho menos de reparación o de reconocimiento de lo sucedido. En medio de la violencia la ausencia de cifras es el dato más relevante. ¿Olvido colectivo?

Por otro lado, la *memoria colectiva* está dañada. Pensemos en la cantidad de ceremonias, de gestos, de cuidados, de tradiciones, caricias, de respuestas colectivas extinguidas o desterradas de nuestra cotidianidad para dar paso a la indiferencia y al egoísmo que mantiene este *status quo* del que venimos hablando. Lo que pasó es que dejamos de ver al otro como a uno mismo. Las víctimas son ahora objetos, esas “víctimas ritualizadas del relato global del sufrimiento” (Van Alphen, 1999).

El capitalismo y por ende la violencia de Estado nos empujó a que las “respuestas automáticas ese tino social sin pensamiento nos las impongan ya no la tradición o la institución de educación [...] y mucho menos la razón o el socialismo sino las multinacionales” (Alba Rico, 2016: 22) y por ende la propia *Industria de la memoria y la reparación*.

Por ejemplo, ¿cómo superar un duelo? Las farmacéuticas a precio razonable te venden una pastilla y el Estado colombiano, los responsables máximos, Álvaro Uribe y Juan Manuel Santos, te piden perdón. ¡Ah!, no, eso todavía no pasó. O, ¿cómo enterrar a un hijo asesinado? Las funerarias privadas se encargan de todo por un módico precio. Pero, si no tengo ese dinero, ¿el Estado que lo asesinó me va a ayudar? María tuvo que lavar el cuerpo de su hijo a pie de fosa en la vereda Las Liscas (Ocaña), lo envolvió con periódicos y bolsas de basura y lo depositó en el coche de la Funeraria Páez. Aquellos que dijeron que cubrirían los costes le negaron un ataúd. Más de 10 horas de viaje en coche fúnebre con el cuerpo de su hijo al descubierto. Sólo Luz Marina desde el cariño la acompañó. No hubo gestos ni cuidados por ninguna institución, pero tampoco por la ciudadanía en aquel entonces.

¿Y la *memoria individual*?; ¿qué recordamos? Vamos a Google y buscamos “falsos positivos”; sí, el mismo término que aquel político que perpetró el crimen decidió utilizar. ¿Quién sino iba a categorizar algo así? Buscamos y aparecen cientos de artículos, reportajes, fotografías... Leemos. Seguimos leyendo. Miramos. Seguimos mirando. Agotador esfuerzo. Memorizamos y repetimos. Es el mismo relato que se le permite a todas las madres, a todas las víctimas. Calcomanías. Ellas narran su dolor, bajo el mismo lenguaje que las homogeniza descontextualizándolas, individualizando sus luchas, incluso robándoles su capacidad política y siendo editadas por quienes escriben lo que ellas deberían de recordar. Historias personales sí, sus memorias y sus objetos, pero paradójicamente se tiende a suprimir la posibilidad de una experiencia personal propia. Sus relatos encarnados.

Entonces, ¿por qué recordar?; ¿para qué contar?; ¿por qué escribir un libro de memorias y denuncia? Y más aún, ¿estará la sociedad dispuesta a escuchar estas historias incluso si contamos la verdad, lo que no se quiere escuchar? Demasiadas preguntas. Así, una tarde-noche, con café y pan, ideamos que podríamos comenzar a escribir un libro juntos, juntas. Sobre la mesa todas las

incomodidades, disgustos, abusos y negligencias que han sufrido en estos diez años desde que asesinaron a sus hijos. Una propuesta de trabajo que implica vincularse de otra manera. Pensar nuestro presente desde una mirada crítica. Y sobre todo hacernos muchas preguntas y que el lector/a se haga esas mismas preguntas y nos ayude a responderlas. Un libro que intentará buscar de alguna manera aunar la fortaleza de las tres memorias: *documental, colectiva e individual*.





(Por orden de las fotografías: Luz Marina con Fair Leonardo y otros familiares;
Lucero con Leonardo y María con Estiven)

Y AHORA, ¿CÓMO?

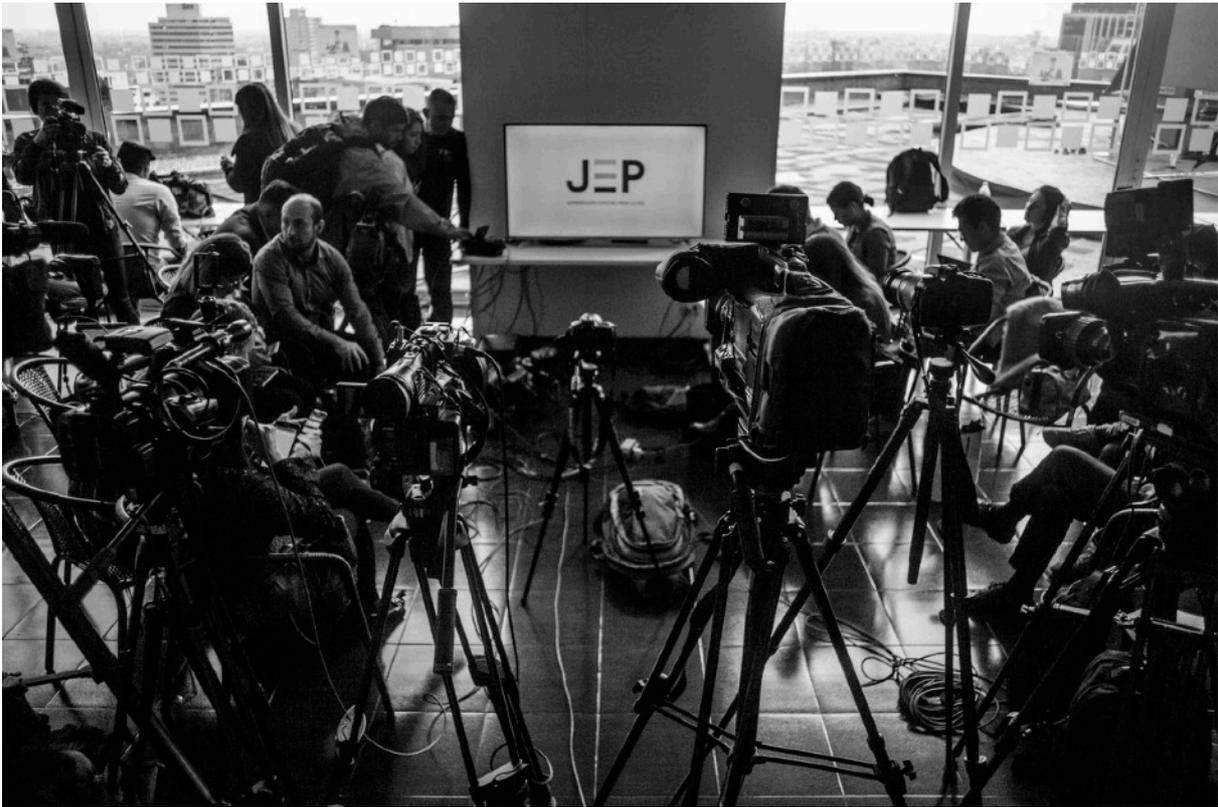
Me gustaría que no fuera éste el país herido desde donde parten estos textos también heridos. Me gustaría que no tuviéramos que dolernos, que no tuviéramos que hacer propio el dolor ajeno y volver ajeno el dolor propio para seguir adelante incluso en medio del horror (Rivera Garza, 2015: 5).

Una vez optamos por construir un libro en coautoría, tocaba decidir cómo. En los inicios apenas sabíamos qué queríamos incluir cada una de nosotras y mucho menos cómo sería el encuadre textual y visual del propio libro o su concepto gráfico. Pero sí teníamos claro que íbamos a cuestionar las maneras en las que frecuentemente se están narrando sus memorias, construyendo una relación entre nosotros/as de más largo aliento, no una mera práctica pasajera, eso que Alejandro Castillejo denomina las “geo-políticas extractivas de testimonios” (2018). Por ello, las páginas comenzaron a escribirse bajo la transformación vertiginosa de ir conociéndonos y conociendo lo que sucedió y sucede con sus hijos, y por tanto lo que está sucediendo en el país.

En las últimas décadas en Colombia se volvió común hablar de los discursos de las víctimas, de los testimonios, pero todo recluso dentro del ámbito de la Ley de Justicia y Paz (Ley 975 de 2005), la ley que constituye el mandato para la formación del Grupo de Memoria. Un proceso fundamentalmente judicial que favoreció que los perpetradores, en las denominadas *versiones libres*, contaran los crímenes que habían acometido o dónde habían enterrado a sus víctimas para reducir sus penas. Las familias no tenían espacio para testimoniar. Y el testimonio se limitó a lo que los “grupos armados ilegales” hicieron, por lo que los crímenes del Estado desaparecieron de la memoria a recolectar. Ahora la Justicia Especial para la Paz abre otro espacio para dar testimonio, pero como indican ellas, Lucero, Luz Marina y María, privilegiando de nuevo a los perpetradores. ¿Quién decidió que las víctimas de crímenes de Estado iban a preferir una justicia reparativa y no una justicia como la hay para otros crímenes?; ¿quién va a decidir qué es lo restaurativo?; ¿por qué restaurar implica liberar a los militares con condenas en firme?; ¿por qué para saber qué paso, eso que llaman verdad, se ha de renunciar a la justicia?; ¿por qué no dejan que la Corte Penal Internacional les juzgue?

En aquella época de las *versiones libres*, y mucho antes, el periodismo comenzó a hacerse eco de la situación, pero su discurso por lo general se concentró en lo grotesco de las masacres. En las urgencias informativas. En los llantos y no en las denuncias. En el acontecimiento y no en lo que lo originó. Se “hizo una estética de lo grotesco” (Guerrero, 2017), que a fuerza de repetirse se trivializó y la experiencia perdió sentido. Arthur y Joan Kleinman (1996) demostraron cómo las imágenes del sufrimiento son producto de consumo para las y los telespectadores en las comodidades de sus hogares, algo que se hizo más que evidente en Colombia cuando en septiembre de 2008 los cuerpos de los conocidos como los “jóvenes de Soacha” aparecieron en cuatro fosas comunes en Ocaña, Norte de Santander, a más de 600 km de sus hogares. Las madres desgarradas en llantos, cayéndose, fueron portadas de los periódicos. Pero en lugar de movilizar a la acción o despertar la solidaridad con las víctimas, el sufrimiento se fue transformando en otro bien de consumo. La abundancia de estas u otras masacres produjo una mediatización del sufrimiento que reconfigura la experiencia del dolor como si se tratara de una secuencia de paisajes para los espectadores (Das, 2008: 453). María vio por televisión aquellas imágenes. Un espectáculo grotesco. Y sus temores se hicieron realidad, el cuerpo de su hijo era uno de los que aparecieron en aquellas fosas. Ver esa noticia la llevó a ir a Medicina Legal de Bogotá y comenzar a preguntarse sobre qué le había pasado a su hijo.

La noche en la que decidimos construir un libro, la misma María mostró su descontento ante los medios de comunicación. Conversamos sobre cómo las representan a ellas, a sus hijos y al acontecimiento en sí. *Nos entrevistan y luego dicen lo que quieren. Incluso a veces lo que no hemos dicho.* Junto con los medios de comunicación, los rumores, los chismes y los relatos que circulan como la pólvora se encargan de generar ese imaginario que explota en una sociedad que a menudo niega u olvida la responsabilidad directa del Estado en el asesinato de sus hijos. Las imágenes están latentes. En las pasadas elecciones al Senado (2018) Álvaro Uribe Vélez se convirtió en el senador más votado, ¡800.000 votos! Incomprensión. Desconexión.



(Sala de prensa de la JEP. Audiencia “Sometimiento” de Mario Montoya. 13 septiembre 2018).

El propósito que emprendió la materialización creativa de “Nosotras. Territorio que habla” era contar la verdad de cada una, lo que cada madre había vivido. Lo que cada una de ellas había descubierto. Lo que cada una quiere saber. No se trata por tanto de buscar las generalidades de los casos, no son crónicas de acontecimientos, aunque sí hay una búsqueda por entender el porqué de estos crímenes, si no creemos que no habría posibilidad de denuncia. Tampoco se trata de contar lo que pasó como algo cerrado. Sino que lo que se persigue es compartir el diálogo como construcción de conocimiento: entre ellas, entre nosotras, entre el presente y el pasado, entre lo que les pasó a sus hijos y lo que les pasó a otros, entre el testimonio y el archivo, entre las palabras y las imágenes, entre las emociones...

Una tarea privilegiada que un libro permite, donde el tiempo ya no es una cuerda que se puede medir nudo a nudo, [sino que] el tiempo es una superficie oblicua y ondulante, que sólo la memoria es capaz de hacer que se mueva y aproxime (Saramago, 1998). Y ha sido eso, el paso del tiempo el que nos ha ido enseñando cómo queríamos construir este proceso. Ha sido eso, el encuentro. Así, desde el primer día comenzamos a encontrarnos. A vincularnos. A construir. Una tarde en casa de Lucero. Una mañana en el parque. Una noche en el Teatro. Un día paseando por el centro de Bogotá. Fotografías, *acá mejor de perfil que salgan de fondo las rejas de la impunidad*. Un almuerzo en casa. Una tarde en Soacha. Fotografías, *aquí que se vea de fondo cómo las casas se apoderan de la colina, la minería en la montaña, todo urbanizado*. Otro día en casa. Una noche escuchando música. Otra bailando. Una mañana buscando el Ministerio de Defensa. Otra tarde tejiendo. Hoy cocino yo. Vamos a desayunar. Otro día en casa.

Horas y horas de conversaciones, de diálogos entre nosotras grabadas para transcribir y eso tan éticamente complejo como es editar. Fotografías que narran, que cuentan, en las que se expresan. Imágenes para revelar. Datos y más datos. Horas de lectura, de análisis y de entrevistas.

Investigamos. ¿Y con todo el material qué vamos haciendo? Volvemos a encontrarnos para compartirlo, cambiarlo, modificarlo. Leemos. Miramos. Escribimos. Fotografiamos. Pensamos. Seguimos. Preguntamos. Otra tarde en casa de Lucero. Una noche paseando. Fotografías, *estos son los recuerdos de mi hijo, sus abalorios, sus monedas, sus cuadernos...* Un día en el archivo. Otro día en casa. Otro en la sede del periódico regional. Fotocopias, fotografías y copias. Una mañana en la biblioteca. Otra. Otro almuerzo. Y otro. Y otro.

En estos encuentros es en el que el contenido se está creando. Pero también es necesario producir en el desencuentro, irrumpir la alteridad. Romper con la familiaridad para hacer visible aquello de lo que no nos damos cuenta. Así el relato que estábamos construyendo al principio no recogía todas las preguntas, ya que no fue suficiente con saber que el ejército había asesinado a sus hijos para dejar de hacerse más preguntas, para llenar con respuestas los dolorosos vacíos de la historia de Colombia. ¿Por qué los mataron?; ¿para qué?; ¿por qué la justicia es tan inoperante y permisiva?; ¿qué rol han jugado en los asesinatos otras instituciones como Medicina Legal o la Fiscalía?



Narrar lo que pasó despierta preguntas. El hecho, lo narrado ya tantas veces, una tras otra. Lo contado con más o menos detalles. Con más o menos intimidad y confianza. Pero ¿qué falta para que esto pueda ser en sí mismo un acto de denuncia transformador?; ¿qué buscamos que sea diferente? El cómo se está construyendo el libro trata de responder a estas preguntas, a la búsqueda de respuestas. La memoria, ese presente en el pasado, en palabras de Ricoeur (1999), la construimos no sólo con nuestros recuerdos, sino que juntas comenzamos a preguntarnos en función de nuestras expectativas futuras (Jelin, 2001). Estos procesos, bien lo sabemos, no ocurren de manera aislada sino en las relaciones sociales. Son recuerdos personales inmersos en narrativas colectivas, que a menudo están reforzadas en rituales y conmemoraciones grupales

(Ricoeur, 1999) y que pueden ser en el espacio público con decenas de cámaras filmando o íntimamente juntas en casa.

Por ello, conforme nos vamos conociendo más, relacionándonos, aparece esa necesidad hasta ahora pausada. Hay un espacio en cada una de ellas que no ha sido visto pero nos irrumpe. Que no ha sido visitado pero que es vivido e imaginado por cada una. Es el lugar donde asesinaron a sus hijos. Un espacio que las habita, pero al que hasta ahora no se han permitido el ir. Se trata de espacios que tienen heridas, cicatrices. Tienen las marcas de sus dueños y las del poder. Y en la mayoría supuran las heridas vivas sin curar. Vamos con Lucero a Monteloro, Antioquia, y con Luz Marina a Ocaña, Norte de Santander. Lugares que pueden tener muchas preguntas y quizás algunas respuestas. Se suele hablar de los espacios de desaparición, pero muy poco de los lugares donde los cuerpos aparecen. El horror de estos asesinatos implica además sumar un tercer espacio, es el caso de Leonardo y de Estiven quienes fueron asesinados en un lugar aún por encontrar y después trasladados a otro, en el que aparecieron. Tres espacios de muerte: el de desaparición, el de asesinato y el de aparición. Al que se sumara la propia fosa donde serán enterrados.

Henri Lefebvre (2013) propuso una concepción triádica de cada espacio, lo *percibido*, lo *concebido* y lo *vivido*. Si tratáramos de traducirle a nuestra experiencia, el espacio *percibido* cuando fuimos al lugar con Luz Marina sería esa tomatera que concebía la infraestructura donde dispararon a su hijo, ese falso campo de batalla que ya no está, una tomatera que no sufrió ni el más leve roce materializado en las fotografías del levantamiento. El espacio de asesinato y de aparición en este caso fue el mismo. El espacio *concebido* lo reveló el aprendizaje de ir hasta allí, porque para dar sentido a la violencia sistemática de un Estado en guerra se generó el miedo y el desplazamiento en Ocaña, el cuerpo de Fair apenas fue uno de los tantos que aparecieron. Puesto que muchos fueron los campesinos también asesinados bajo esta práctica. Y el *vivido* es la experiencia subjetiva, fue esa reapropiación del dolor que sanó esos días. Ese homenaje de amor de una madre a su hijo. Similar fue el caso de Lucero en Monteloro, un camino en el que apareció el cuerpo de Leonardo. Decenas son las familias que se habían visto desplazadas por la llegada del paramilitarismo a la región, ahora los dueños de muchas fincas. Y varias son las masacres atroces, con los sonidos de las motosierras resonando, que nos narraron cuando el encuentro entre víctimas se fundió en un abrazo, entre ellas y Lucero. Fue lo *vivido*. Por lo tanto, el espacio *concebido* en las ejecuciones extrajudiciales remite e interpela a los discursos del poder. ¿Por qué los mataron?; ¿por qué sus cuerpos aparecieron en lugares estratégicos para el narcotráfico, la agroindustria, los megaproyectos...?; ¿qué objetivo tenía que aparecieran en estos lugares? Conexiones. El espacio grita y revela el por qué. Estas idas al territorio también nos permiten conversar con aquellos que siguen cultivando las tierras en las que aparecieron sin vida sus hijos. Y surgen más preguntas: ¿cómo les ha podido afectar a estas familias?

Abrego. Ocaña.

Fuera del espacio donde uno recuerda a sus muertos no se suelen recordar.

Llegamos a la finca en la que apareció muerto Fair Leonardo. Son campos ahora de tabaco y maíz, antes fue una tomatera. Antes cuando le asesinaron. Aquí recuerdan a Fair, no sabían cómo se llamaba ni quién era, pero se acuerdan, con la precisión que el horror no te deja olvidar.

En esta finca vive un matrimonio con sus hijos. Ella nos acompaña al lugar preciso. Conversa poco pero rememora. Él no quiso venir. Ella nos dice que él se volvió loco después de aquello, que apenas puede trabajar.

Cuando nos íbamos él estaba en el porche, apoyado en uno de los postes. Recuerdo su delgadez.

Hace diez años cuando vio a Fair le construyó una cruz con dos maderas, se la puso a su lado e imaginamos que rezó por él. Hoy pareciera que hubiese olvidado. Aquí no pasó nada dice pero su mirada era el relato encarnado de lo que aquí sucedió.

La labor del olvido, tan necesaria para la supervivencia no parece ser parte de él.

Nos vamos. [El lugar grita mudo de recuerdos]



En 2008 la administración del cementerio de Ocaña manifestó que no tenían espacio para enterrar a todos los cadáveres NN que el ejército estaba asesinando, por lo que 18 de los 25 jóvenes que apreciaron en esa época fueron inhumados en cuatro fosas comunes en la vereda de Las Liscas, entre ellos Estiven. El dueño que cedió ese pedazo de tierra, un hombre de más de 60 años, nos contaron que fue amenazado y sufrió un falso judicial. Le acusaron de narcotraficante y lo metieron preso.

Las fosas allí siguen sin estar marcadas, ni delimitadas, ni mucho menos protegidas. Caminamos y la “materialidad del espacio que parece contener una memoria de lo ocurrido y relatar los hechos de que es testimonio” (Piper, 2017: 200) se hace presente. No hay cruces. Ni números de identificación de los cuerpos NN. Ni siquiera los tres nombres de los que siguen allí ya identificados. Tan sólo pasto creciendo. Cadáveres desposeídos de sus historias. No hay memoria *documental*. Mientras estamos en Ocaña también consultamos la prensa de aquel entonces y seguimos investigando. El despacho de la Alcaldía, en el que se encontraba toda la

información del caso, lo prendieron fuego y al coordinador de aquella época le tocó exiliarse por más de siete años a raíz de las amenazas. Y entre tanto la realidad se apodera de nuevo de nuestras vidas. María es obligada a exiliarse por las constantes amenazas. De nuevo, amenazas. Su vida se interrumpe, al punto de imposibilitarse el deseo de poder ir ella también al lugar donde asesinaron a su hijo. Un nuevo espacio se está construyendo: el del exilio, y sus reflexiones, su análisis ahora será desde allí. Incluso su archivo viajara con ella. Y así entre recorridos y encuentros es que las páginas del libro se están construyendo, los huecos tienden a llenarse.

Quien quiere
recordar
debe confiarse
al olvido
a ese riesgo que es
el olvido absoluto
y a
ese bello azar
que deviene
el recuerdo

(Jean-Luc Godard, 2003:172).

Recuerdos y olvidos. La creación editorial *Nosotras. Territorio que habla* busca ser una trama de discursos, con el protagonismo clave en el relato y la mirada encarnada. Discursos que se han ido transformando, madurando, desde el dolor más íntimo a una voz pública (política) ante los tribunales de justicia, medios de comunicación, demandas a las burocracias estatales o protestas ante los organismos del Estado o empresas privadas (Das, 2003). Las narraciones corpo-políticas de María, Lucero y Luz Marina son el material fundamental, aunque no único, para crear las representaciones sobre ellas, sobre sus vidas, sobre el entorno que nos rodea. El libro poco a poco se va componiendo por un amplio conjunto de narraciones entretajadas, que configuran una poética de resignificaciones, que buscan escapar a las clasificaciones establecidas en los géneros literarios. Narraciones que se entretajan, se legitiman y se fundamentan junto a una investigación que propone romper con esos relatos morbosos y de lágrima fácil.

EL POR QUÉ Y EL PARA QUÉ DE LO QUE HACEMOS

La masa bibliográfica, que con frecuencia terriblemente apologética y evangelista se da largas describiendo las experiencias de aquí y allá, es tan vasta que ya parece una industria cultural y editorial, una verdadera industria del “nunca jamás” que permite sostener toda una tecnocracia internacional y local de consultores permanentes, observadores, consejeros, especialistas en transicionalidad, centros de investigación y programas de estudio (Castillejo, 2007: 77).

A menudo en Colombia la memoria “oficial” se está cristalizando en productos como informes de cientos de páginas de compleja o “aburrida” lectura, documentos institucionales con lenguajes asépticos e irónicamente nunca neutrales y transcripciones de testimonios que nos hacen llorar y que tienden a opacar otras formas de construir memoria. Pero, todo tiene un propósito. El por qué y el para qué. En estos días de febrero de 2019, los medios de

comunicación se hacen eco, escandalizados algunos, otros no, de las palabras del nuevo director del Centro de Memoria Histórica de Colombia, Darío Acevedo:

Hay quienes sostienen que lo vivido en Colombia fue un conflicto armado, algo así como un enfrentamiento entre el Estado y unas organizaciones levantadas contra él; otros piensan que fue una defensa del Estado de una amenaza terrorista y de unas organizaciones que habían degenerado en su perspectiva política al mezclarse con el secuestro, el narcotráfico y los crímenes de lesa humanidad. Aunque la Ley de víctimas dice que lo vivido fue un conflicto armado eso no puede convertirse en una verdad oficial (*El Colombiano*, 02/02/2019).

El Centro Nacional de Memoria Histórica, como muchas otras instituciones y organizaciones, está construyendo un relato, relatos sobre la memoria del pasado reciente. ¿Qué es la verdad oficial?; ¿quiénes se identifican con estos relatos?; ¿a quiénes benefician?; ¿cómo todos estos trabajos por la memoria, la verdad y/o la reparación repercuten en las madres, en sus luchas, en el resto de víctimas, en la propia construcción del país? Para qué hacemos lo que hacemos y por qué es lo que queremos responder. Ellas tres se han visto involucradas en algunas ocasiones en situaciones incómodas, a veces incluso humillantes. En las que lo relevante no era contribuir a una lucha, informar, sino ciertos intereses personales, ambiciones, triunfos. Entonces, ¿por qué seguir colaborando? Durante mucho tiempo y aún ahora fue la única posibilidad para que sus voces fueran escuchadas, para al menos tener un eco de sus luchas. Una tarde con Luz Marina revisamos algunos textos escritos sobre su vida, le dio vergüenza no quiso leer lo que allí aparecía. Entonces ¿por qué trabajamos así la memoria?; ¿cuáles son los verdaderos propósitos?; ¿quién se beneficia con estos procesos y productos?; ¿acaso no nos hemos parado a pensar para qué hacemos lo que hacemos?

El libro que estamos escribiendo en coautoría está resultando ser una experiencia significativa a partir del sentido que le damos nosotras mismas. Busca ser un diálogo con el propósito de no enlatar el testimonio para el consumo ni académico, ni masivo. Con los retos que ello supone, ya que cuando ponemos “letras al mundo de la oralidad hay un balance complejo entre la intimidad y la cercanía que busca el relato y la alteridad que produce” (Castillejo, 2016: 22). Han pasado ya 11 años desde que asesinaron a sus hijos, 12 en el caso de Lucero. Y los tres casos están en la Impunidad. Ellas no pretenden ser generalidad, pero quizás sí que lo son en una: en evidenciar la situación generalizada de Impunidad en Colombia en relación a las ejecuciones extrajudiciales. María sigue con interminables audiencias a las que no se presentan a veces los abogados de los militares, a veces los mismos militares, a veces nadie. Lucero comienza ahora con esas audiencias. Y Luz Marina que pudo ser esa posibilidad de esperanza con la llegada del aparataje de la Justicia Transicional se imposibilitó. Los militares que asesinaron a su hijo fueron juzgados a penas que superaban los 50 años de cárcel. Esto fue en el 2014 cuando un juez reconoció que era un crimen de Lesa humanidad. Hoy, 2019, esos mismos militares condenados se acogieron a la Justicia Especial para la Paz y están libre, libres paseando. ¡Ah! Y nadie la avisó a ella. Y así transcurre una década de denuncias y aprendizajes sobre las formas en que su pasado, sus historias son representadas en una sociedad atravesada por tensiones políticas que determinan qué se recuerda y qué se olvida. Por ello, creemos que este libro puede llegar a ser una retrospectiva de este tiempo, un lugar al que llegar, una representación material portadora de memoria *documental, individual y colectiva*. Una especie de *lugar de memoria*, que también es de

comunicación y difusión, que nos lleva a tomar conciencia basada no en las sombras del olvido, sino en la necesidad de reflexión (Guixé, 2009), en la necesidad de preguntar.

Así el libro, en su materialidad, pretende convertirse en un vehículo para nosotras de memorias, en un lugar cargado de sentidos (Jelin y Langland, 2003). Una construcción colectiva, intersubjetiva y dinámica sin cemento basada en las relaciones sociales que invitan a habitarla. Además, es a su vez es una apuesta ideológicamente política que no se esconde de serlo. Que no deja de reflexionar con cada página que se escribe sobre el para qué, reconociendo los egos y los deseos de cada una. Reconociéndonos en el encuentro (y en el desencuentro). Y todo ello teniendo muy presente que ninguna palabra, ninguna imagen, ninguna obra de arte pueden reparar el asesinato de un hijo. Cuando no hay justicia no hay restitución, ni consuelo. Pero en el proceso aprendimos que puede ser sanador relacionarnos de otra forma a la hora de comprender y construir memoria (relaciones). Y que es transformador pensar críticamente lo que ocurrió y hacernos preguntas en la búsqueda de la verdad. *Nosotras. Territorio que habla*, quizás puede convertirse en ese lugar de memoria para recorrer y habitar con su lectura.





BIBLIOGRAFÍA

- ALBA, Santiago (2016). *Penúltimos días. Mercancías, máquinas y hombres*. Madrid: La Catarata.
- CANGI, Adrián (2007). “Jean Luc Godard: Poetizar sobre las ruinas entre la historia y el acontecimiento”. Jean-Luc Godard. *Historia(s) del Cine*. Buenos Aires: Caja Negra: 11-58.
- CASTILLEJO, Alejandro. “La globalización del testimonio: Historia, silencio endémico y los usos de la palabra”. *Antípoda* 4 (2007): 76-99.
- CASTILLEJO, Alejandro (2009). *Los archivos del dolor: ensayos sobre la violencia y el recuerdo en la Sudáfrica contemporánea*. Bogotá: Universidad de los Andes.
- CASTILLEJO, Alejandro (2016). *Poética de lo otro: hacia una antropología de la guerra, la soledad y el exilio interno en Colombia: una trilogía sobre la violencia, la subjetividad y la cultura*. Bogotá: Universidad de los Andes.
- CASTILLEJO, Alejandro. “La metástasis del terror: Meditaciones intempestivas sobre la violencia en México”. *Pie de Página* (2018).
- COHEN, Esther. “Volver del campo de concentración: Testimoniar ante el enmudecimiento de la lengua”. *Metapolítica* 28 (2003): 47-55.
- DAS, Veena (2003). “Trauma and Testimony. Implications for political community”. *Anthropological Theory* 3 (2003): 293-307.
- DAS, Veena (2008) *Sujetos del dolor, agentes de dignidad*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias Humanas / Pontificia Universidad Javeriana, Instituto Pensar.
- GODARD, Jean-Luc (2003). *Historia(s) del Cine*. Buenos Aires: Caja Negra.
- GUERRERO, Celia. “La memoria es un campo de poderes muy jodido”. *Pie de Página* (2017).
- GUIXÉ, Jordi (2009). “Espacios, memoria y territorio: un memorial en red en Cataluña”. VINYES, Ricard (ed.) *El Estado y la memoria. Gobiernos y ciudadanos frente a los traumas de la historia*. Barcelona: RBA.
- JELIN, Elisabeth (2001). *Los trabajos de la memoria*. Madrid: Siglo XXI.
- JELIN, Elisabeth y LANGLAND, Victoria (2003). “Las marcas territoriales como nexo entre el pasado y el presente”. ELISABETH, Jelin (ed.). *Monumentos, memoriales y marcas territoriales*. Madrid: Siglo XXI.
- KLEINMAN, Arthur y KLEINMAN, Joan. “The appeal of experience, the dismay of images. Cultural appropriations of suffering in our time”. *Daedalus* 125, 1 (1996): 1-25.
- LEFEBVRE, Henri (2013). *La producción del espacio*. Madrid: Capitán Swing.
- PIPER, Isabel (2017). “Globalización de la memoria: memorias de las víctimas, espacios y objetos”. GATTI, Gabriel (ed.) *Desapariciones. Usos locales, circulaciones globales*. Bogotá: Siglo del Hombre Editores/Universidad de los Andes.
- RENDÓN, Olga Patricia (2019). “El conflicto armado no puede convertirse en verdad oficial’. *Entrevista a Darío Acevedo Carmona*”. *El Colombiano* (02/02/2019).

- RICOEUR, Paul (1999). *La lectura del tiempo pasado: Memoria y olvido*. Madrid: Arrecife Producciones.
- RIVERA Gaza, Cristina (2015). *Dolerse. Texto de un país berido. Con/ Dolerse*. México: Surplus.
- SARAMAGO, José (1998). *El evangelio según Jesucristo*. Madrid: Alfaguara.
- TODOROV, Tzvetan (1993). *Frente al límite*. México: Siglo XXI.
- VAN ALPHEN, Ernst (1999). “Deadly Historians: Boltanski’s Intervention in Holocaust Historiography”. REININK, W. y STUMPEL, J. (ed.). *Memory & Oblivion*. Springer: Dordrecht: 913-917.